

UNA
CORTE
DE
HIELO
Y
GENIZAS

AUTORA BESTSELLER DEL USA TODAY

LJ ANDREWS

UNA CORTE DE HIELO Y CENIZAS

L J ANDREWS

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña Díez

CF
FAERIS

CAPÍTULO UNO

EL PRÍNCIPE DE LA NOCHE

La sed de sangre seguía allí. La sentía como algo pesado y palpable cada vez que apoyaba la mano en la empuñadura de las hachas negras que llevaba en el cinto. Todavía sobrevivía en mí una criatura muda que exigía sangre y deseaba dolor, como si la maldición se hubiera prolongado durante demasiado tiempo y una parte de mí se hubiera rendido para siempre ante la bestia retorcida en la que me convertí tantas veces.

Decidí, con demasiado optimismo, no contarle eso a nadie.

Sentado en una roca entre los árboles, me llegó el olor a cobre mezclado con humedad. Se percibía la sangre en los últimos vestigios de la tormenta. Inspiré hondo para intentar así calmar el ansia de mi pecho, pero quería más.

—¿Qué sentido tiene esto?

Miré a Tor por encima del hombro. Me observaba mientras le pasaba una piedra de afilar a su daga, igual que hacía cuando yo no era más que un niño que iba todo el día detrás de él y de mi hermano, Sol.

En aquellos tiempos en que la vida tenía sentido.

—Me caías mejor cuando te postrabas ante mí. —Volví a mirar al frente y apoyé la mano en una de las hachas.

—Ya, solo fue un momento fugaz tras el arrebato de felicidad por librarnos de la maldición y recuperar los recuerdos. —Tor dejó de afilar su arma y se acercó—. Dime una cosa, mi príncipe: ¿qué vamos a conseguir con esto?

Acaricié con el pulgar la piedra vidente negra que llevaba al cuello y que ya no servía para nada. No tenía respuesta para esa pregunta y no quería

admitir que no tenía un plan claro. Pero conseguí, no sé cómo, sonar confiado.

—Perder otra caravana tendrá un impacto importante en las arcas del falso rey. Y provocará malestar y desconfianza.

Tor puso los ojos en blanco y estuvo a punto de echarse a reír.

Apareció un recuerdo puntual en mi cerebro: una imagen clara de Tor haciendo ese mismo gesto cuando discutía con Sol. Los recuerdos iban aflorando cada vez con más facilidad según iba pasando el tiempo. Muchas veces alguno de nosotros se quedaba parado, se frotaba la frente y compartía un nuevo recuerdo.

Y todos nos reíamos o lo utilizábamos para alimentar nuestro deseo de venganza.

—Creo que estamos demasiado cerca —comentó Tor en voz baja—. Has dicho que querías dejarla en paz, pero siempre acabamos en algún lugar donde estás próximo a ella.

Apreté un puño junto al costado al pensar de nuevo cosas que me llenaban el pecho de un extraño miedo. Cosas que no podía arriesgar y que sin duda no podía deseiar.

Ella no podía tener nada que ver conmigo, con la Hermandad de las Sombras, ni con la guerra sin fin que manteníamos para vengar la sangre de mi familia. No sería justo. Al menos así era como justificaba todo aquello en mi cabeza. Aunque lo que más se acercaba a la verdad era que Elise Lysander podría acabar con lo que quedaba de mi sed de sangre y yo no estaba preparado para renunciar aún.

Por eso tenía que seguir como si fuera totalmente indiferente.

Fulminé a Tor con la mirada y me alegró ver que agachaba la cabeza, para variar.

—Esto no tiene nada que ver con los timoranos.

—¿Los timoranos? Me alegro de oírtelo decir eso, porque ella es timorana. A pesar de todo lo que *Kvinna* Elise hizo para acabar con la maldición, ella comparte sangre con el rey Eli. Incluso le pusieron su nombre por él, maldita sea. Si quieras seguir adelante con la venganza, será por nuestra cuenta, ¿entendido?

Fijé la vista en la tela roja que tenía en las manos.

—A menos que prefieras admitir que has cambiado de idea, tal vez incluso de actitud. —Halvar apareció detrás de un árbol, lamiéndose grasa de los dedos y tiró lejos el hueso pegajoso de un ave acuática—. En cuyo caso, juro por todos los cielos que no te voy a repetir mi habitual «te lo dije», aunque te lo haya dicho ya un millón de veces.

—Elise no tiene cabida aquí —insistí, más para convencerme a mí mismo que a ellos.

—Estoy de acuerdo —confirmó Tor—. Ella ya hizo su papel y a partir de ahora le irá mucho mejor lejos de nosotros.

—Me encanta veros a los dos diciendo lo que pensáis en voz alta, como si así pudierais convencer a las Parcas que la trajeron hasta nosotros, como si a ellas les importara vuestra opinión. Elise es su *hjärta*, la canción de nuestro príncipe.

—¿En serio? ¿Pero cuándo te has vuelto tan blandengue, amigo mío? —preguntó Tor, burlón.

—Ah, yo siempre he sido el mejor amante de los tres. Y no tengo nada de blando. Puedes negarlo cuanto quieras, Torsten, pero tú eres el único de nosotros que ha encontrado a su *hjärta* y por eso deberías reconocerlo mejor que yo. El problema es que tú también intentas acallar a ese corazoncito negro que tienes.

Halvar sonrió con cierta picardía cuando Tor intentó darle un golpe en el brazo. Tras apartarse hasta una distancia segura, Halvar me miró.

—Mantengo lo que he dicho y voy a disfrutar mucho viéndote luchar contra la atracción que sientes por *Kvinna* Elise, príncipe Valen. Lo cierto es que tengo intención de decirte «te lo dije» al menos cien veces más cuando tú...

—Ojalá la maldición lo hubiera dejado mudo —interrumpió Tor.

Apreté la mandíbula para evitar sonreír. Echaba de menos aquella dinámica, conocernos como antes. En su momento ni siquiera me importaba ser el niño molesto y que esos dos me hicieran verdaderas perrerías. Ojalá Herja y Sol estuvieran allí. Mi hermana me defendería y Sol sabría qué había que hacer mejor que yo. Sabría cómo conseguir que Nuevo Timoran pagara por la sangre y el sufrimiento de nuestro pueblo.

—Vamos. —Me detuve un momento y miré a Halvar con los ojos entornados—. Y Elise no es mi *hjärta*.

Él sonrió como si yo todavía fuera aquel niño ridículo.

—Lo que tú digas, mi príncipe.

El *hjärta* era un concepto romántico, uno de los favoritos de los habitantes de la noche desde tiempos inmemoriales. Las leyendas hablaban de una furia antigua que conectaba a dos amantes de tal forma que sus almas parecían fusionarse como las notas de una canción para crear la armonía, formando una unión irrompible.

Era ridículo.

Y dolía.

Mi padre siempre decía que mi madre era la canción de su corazón. Ella era timorana. Tal vez...

No. No me serviría de nada establecer una unión con Elise Lysander. La había utilizado para acabar con la maldición y eso ya lo había conseguido. Se acabó.

Me puse en cuclillas, entorné los ojos y me centré en la difícil ruta para caravanas que serpenteaba bajo el saliente rocoso. Estábamos en una zona discreta, oculta por robles negros, sauces y otros árboles de hoja perenne. Las ramas asomaban entre la niebla, cada vez más densa, como unos dedos que se enredaran en el cabello de un amante. A pesar de la bruma, todavía se distinguían bastante bien los carros negros. Mi visión nocturna se había agudizado desde que se rompió la maldición y se liberaron mi furia y mis recuerdos; al fin y al cabo, por eso se me conocía en aquella vida que tuve tantos años atrás.

El príncipe de la noche, soberano nacido bajo una luna creciente, príncipe de las sombras, poseedor de la furia de la tierra. Antes siempre prefería el anochecer al amanecer y todavía me pasaba.

Tres carromatos pasaron bamboleándose sobre las raíces que sobresalían y entre las zarzas que asomaban. A cada uno de ellos lo seguía una hilera de viajeros cansados a pie.

«La sangre está ahí». Docenas de ettanos, vestidos con el azul de Aguja del Cuervo, trasportaban cintas y satenes. Algunos llevaban pesados sacos de lona al hombro. Otros empujaban carretillas con montones de telas,

plumas, alfileres y agujas para sastres y modistas. Muy pocos de los sirvientes llevaban zapatos. La mayoría de ellos, incluso los más menudos, iban encorvados y avanzaban con dificultad, caminando sobre trozos puntiagudos de roca y envueltos en el polvo del camino.

Hice una mueca.

Una chica, que solo era piel y huesos, cargaba con un saco de cereal tan grande como ella, pero todos los Cuervos que vigilaban la caravana iban con sus culos gordos cómodamente sentados, sin fijarse en la gente que sufría a sus pies. Mi gente.

Yo no podía ser su príncipe, al menos no el que ellos querían, pero sí que podía ser un villano en su nombre. Un criminal que doblegara al castillo Aguja del Cuervo.

Después quedaría libre para irme lejos de aquel lugar dejado de la mano de los dioses.

Aquello no era la Etta de mi infancia, era una tierra que no reconocía y por la que no sentía ningún cariño. Sentía cierto grado de lealtad hacia su gente, pero no podía (peor, no quería) gobernarla.

Cuando culminara mi venganza, yo sería tan indigno como el falso rey que se sentaba en el trono en aquel momento.

—¿Por qué demonios vamos a atacar una caravana de telas? ¿Dónde están los carros con dinero? —murmuró Halvar.

Saltó desde un saliente que había más arriba para situarse a mi lado. Vestido de Sombra, con la nariz y la boca cubiertas con una máscara negra, apenas se le distinguía en medio de la noche.

—Todo cuenta, pedazo de idiota.

Tor rodeó el saliente por un lado y se agachó en la oscuridad, a unos diez pasos de donde estábamos nosotros. Entonces vi aparecer unas llamas azul pálido en las puntas de sus dedos, que se disolvieron cuando apretó el puño. La furia del fuego era una de las formas de poder más difíciles de controlar, y Tor, después de recuperar sus recuerdos, había tenido que volver a aprender a manejar su magia.

Halvar resopló.

—Yo preferiría darle al falso rey donde más le duele: en sus arcas.

—A su debido tiempo, Halvar —dije muy seco—. A su debido tiempo.

Desde el mismo momento en que la maldición desapareció, nos habíamos dedicado a convertirnos en una espina en el costado del rey Calder, ese crío imbécil que había asesinado a su propio padre para hacerse con el trono.

Primero nos ocupamos de los guardias que envió a la Tumba Negra cuando se rompió la maldición. Aparte la oleada de remordimiento que sentía al pensar en aquel momento. Los enviaron para descubrir lo que había pasado, pero lo único que encontraron fue el final de sus vidas. Todos menos uno, al que dejamos vivir para que volviera cojeando al castillo para contar la historia del Espectro Sanguinario y la Hermandad de las Sombras.

Decidí seguir utilizando la denominación de Espectro Sanguinario; era un medio para conseguir un fin. No podía ser Valen Ferus, porque no me sentía capaz de cargar con ese peso cuando lo único que necesitaba hacer era vengar la muerte de mi familia. Su sangre empapaba la tierra del antiguo Etta y sus gritos aún no me dejaban dormir.

Quería que Timoran cayera.

—¿Cuál es la mejor forma de lograr la caída de un reino, Halvar? —pregunté en voz baja.

Él cruzó los brazos a la altura del pecho, estudiando la caravana.

—¿Quemarlo hasta los cimientos? ¿Robárselo todo hasta que no quede nada? ¿Decapitar al rey? Me encantan los acertijos, mi príncipe, pero no puedo esperar a oír tu solución.

Sonréí. Dioses, no había cambiado nada. Con maldición o sin ella, Halvar hablaba demasiado, amaba con una pasión desenfrenada y era leal hasta el fin.

—Abrir una grieta entre el rey y su gente, amigo mío. Desenmascarar su incompetencia. Que todos vean que, mientras ellos sufren, él se hace cada vez más rico.

—¿Quieres provocarles sufrimiento a los ettanos?

—A los timoranos —aclaré—. Nuestra gente ya sufre. Pero los timoranos, la gente de a pie, empiezan a ver que escasean los suministros, mientras que su rey y los nobles nadan en la abundancia.

Miré de nuevo el camino y sonréí. Para cuando acabáramos, los timoranos habrían perdido toda la fe en su rey y lo verían como la víbora

llorica que era. Lo derrocarían y dejarían paso a la furia, para que la sangre de Etta volviera a ocupar su lugar de nuevo.

Solo necesitábamos encontrar a un habitante de la noche que estuviera dispuesto a aceptar la corona de un reino tan maltrecho. Yo renunciaría a mis derechos y la tierra elegiría a otro atendiendo a mi palabra.

La furia elegía a la realeza de Etta. Era un don concedido por los dioses, así que resultaba natural que fuera el factor decisivo en la elección del soberano de la tierra.

Halvar se puso en cuclillas a mi lado.

—Ella sabrá que has sido tú.

Esas palabras se clavaron como una daga en mi pecho, tan certera y veloz que no me dio tiempo a reaccionar. Pero si era capaz de enterrar mi sed de sangre, también podría enterrar eso.

Aunque el deseo por una mujer como ella estaba resultando ser una bestia mucho más difícil de domar.

—No importa. —Mentira, importaba y mucho, y por eso lo odiaba—. Que me desprecie. Así se librará de mí una vez por todas.

Halvar no dijo nada más (por una vez), solo sacudió la cabeza.

Le di la espalda y estudié la máscara roja que tenía en las manos. Ella la aborrecía, incluso juró que me buscaría una de otro color. Pero eso fue cuando los dos soñábamos con ser libres y alejarnos de aquella tierra juntos. Cerré los ojos, reprimí el desasosiego hasta que me ardió el corazón, y la rabia sustituyó al dulce recuerdo de sus labios, de su piel contra la mía.

Me tapé la barbilla, la boca y la nariz con la tela roja. Olía a humo, sudor y sangre.

Inspiré hondo.

Me puse la capucha negra. Un dolor se extendió, el mismo que surgía siempre antes de atacar; necesitaba que mi corazón le dijera adiós a Elise de una vez por todas. Seguro que ella sabría que era yo quien estaba causándole dolor a su pueblo. Pero era por su bien. Yo no era el hombre adecuado para ella. Yo quería bañarme en sangre.

«Perdóname», el pensamiento inesperado apareció justo cuando hice girar una de las hachas en la mano.

Tor abrió la palma y un fuego frío le envolvió la piel. Halvar hizo girar unas nubes de tormenta sobre nuestras cabezas con su furia del aire.

Agarré con fuerza ambas hachas. Yo no podía usar mi furia porque si revelaba que podía controlar la tierra, hacer que se elevara y se abriera, me reconocerían. Pero no hacía falta. No necesitaba luchar con la furia; me sentía más orgulloso cuando lo hacía cuerpo a cuerpo.

Una sonrisa traviesa apareció en mi boca bajo la máscara. La caravana estaba pasando justo debajo de nosotros. No llegaría nunca al castillo Aguja del Cuervo.

—Por Etta —grité con la voz grave y profunda.

—Por Etta —repitieron mis amigos.

Yo fui el primero en saltar desde el saliente.

Había llegado el momento de calmar esa sed de sangre.

CAPÍTULO DOS

LA PRINCESA REBELDE

—¡Por todos los infiernos! ¿Otra vez?

Apreté los dientes y tiré de mi pierna, que acababa de hundir hasta la rodilla en un lodo denso y pegajoso. Un fuerte ruido de succión interrumpió el silencio de la noche. Y, dioses, qué mal olía. Arrugué la nariz ante el fuerte hedor a desechos y podredumbre. Cada vez que movía la pierna se liberaba una ráfaga fétida que inundaba el aire, hasta que el estómago me dio un vuelco y estuve a punto de vomitar; tal vez eso mejorara algo el olor.

Tras un borboteo, emergieron unas burbujas oscuras de fango que reventaron y la ciénaga por fin liberó poco a poco mi pie. Pero para sacar la bota tiré con tanta fuerza que me caí hacia atrás y acabé con las manos, la cabeza y el trasero hundidos en el lodo.

Oí una risita que llegaba de detrás de los juncos. El ceño que ya tenía en la cara se hizo más profundo.

—No digas nada, Siverie —exclamé.

Un escalofrío me recorrió la espalda y noté un hormigueo en los muslos por el frío; tenía los pantalones mojados, llenos de barro y pegados a la piel.

Siv salió de entre la hierba alta con una enorme sonrisa. Se había recogido el pelo, teñido con agujas de pino, bajo un sombrero de ala ancha negro y se levantó el amplio cuello del abrigo de lana para taparse ambos lados de la cara.

Yo creía que había sido muy inteligente a la hora de elegir la ropa adecuada que ponerme: me decidí por unas resistentes botas de cuero y una túnica negra con capucha para esconder mi pelo del color del hielo. Pero en ese momento deseé haber escuchado la advertencia de Siv sobre la

humedad y el frío que siempre caracterizaban los senderos que llevaban a la prisión. Me estremecí una vez más en medio del fango, calada hasta los huesos.

Al menos todo ese barro serviría para camuflarme la piel. No había nada peor en esas circunstancias, en las que el sigilo era fundamental, que tener una tez timorana, que casi reflejaba la luz de la luna como un farol. Me agarré con fuerza al hombro de Siv y me fijé en pisar solo donde lo hacía ella hasta que alcanzamos otra vez la orilla esponjosa.

—Tienes una visión nocturna terrible —susurró Siv—. Es la quinta vez que acabas en el agua. A este paso sería mejor que esperáramos hasta el amanecer y ya recogeríamos sus cenizas después de la pira.

Fruncí el ceño, aunque ella no me veía la cara en la oscuridad.

—Es todo igual, negro en medio de la noche. Apenas soy capaz de distinguir el camino, pero es que tú te lo conoces de memoria.

—Cuando encarcelan constantemente a tu gente, el camino a la prisión se vuelve algo muy familiar.

Lo dijo como si nada, pero no era broma. Siv era agitadora. Formaba parte de un grupo que odiaba al rey actual y a sus predecesores. Gente que creía que el príncipe fae de la antigüedad era el verdadero heredero y que él haría que esa tierra volviera a ser como en los tiempos del reino de Etta, antes de las invasiones y de que los timoranos ejercieran el poder.

Los agitadores odiaban a la realeza timorana y, cuando yo era un miembro menor entre ellos, me sentí horrorizada al descubrir que Siv, mi amiga y antigua doncella, era una agitadora que habían enviado para rebanarme la garganta. Pero Siv me había demostrado con creces su amistad. Por eso su clan nos rechazó a ambas en un principio, pero después decidió ponernos a prueba. Y yo no tenía intención de fallar. No solo porque quería que el clan de los agitadores nos dejara vivir, sino porque otros dependían de que nuestra misión de esa noche tuviera éxito.

Y yo no quería dejarlos en la estacada.

Aunque lo cierto era que la vida sería mucho más cómoda si pudiéramos contarles a los agitadores la verdad: que el príncipe fae que adoraban y esperaban estaba vivo.

Valen Ferus. El príncipe de la noche.

Un hombre que me había deseado y que me hizo desearlo.

Que había confiado en mí y me enseñó a confiar.

Y que, a pesar de que yo lo elegí a él, él eligió la venganza.

Sacudí la cabeza para apartar los pensamientos sobre Valen, el príncipe de la noche, porque si no acabaría llorando o con un ataque de ira tan virulento que tendría que ponerme a lanzar cuchillos.

Y ninguna de esas cosas me servía de nada.

Me agaché tras un tronco caído cuando llegamos a la base del muro de piedra que protegía la cárcel. Aquel lugar estaba construido con madera y cañas, y en las ventanas se veían maderas podridas y barrotes de hierro. Los presos tenían que soportar el azote de los elementos, las heladas y el calor sin la más mínima protección. Muchos morían por eso.

El patio estaba iluminado con antorchas y en el centro había una plataforma de madera en la que habían colocado una máquina de tortura que les arrancaba los brazos a las víctimas. Al lado, sobre una mesa sucia y llena de sangre, había unos cuchillos oxidados.

Noté la bilis subiéndome por la garganta. La madera de la plataforma ya estaba manchada de sangre. En un carro junto a ella había tres cadáveres amontonados, preparados para trasladarlos a las piras. En el lado opuesto había una larga fila de personas desesperadas, camino de su triste destino. Casi daba la vuelta a todo el patio mojado.

Siv levantó un dedo y señaló más allá de la loma sumida en la oscuridad donde estábamos. Cuando lo vi, me mordí el interior de la mejilla para no hacer ni un ruido.

Estaba un poco más delgado, se le veía una barba rala en la barbillla y vestía harapos.

«Mattis». Sentí una presión en el pecho por mi amigo, el carpintero. El fuego del odio que sentía por mi hermana ardió con fuerzas renovadas.

Dos semanas atrás Siv y yo fuimos a hurtadillas a Mellanstrad para convencer a Mattis de que se uniera al clan de agitadores, como nosotras, pero nos enteramos de que lo habían arrestado acusándolo de ser enemigo del rey.

«Runa». Mi hermana había ayudado a su prometido, Calder, a asesinar al rey y apropiarse del trono. Cuando no me encontraron a mí entre sus

cobardes seguidores, Runa hizo detener a Mattis. Seguro que lo habían torturado. Por si eso fuera poco, Calder y ella quemaron la mansión de los Lysander hasta los cimientos, sin preocuparse de cuántos sirvientes, doncellas o personal de cocina estaban en su interior.

Runa podía ser peor que el propio Calder, el falso rey; lo calificábamos como «falso» porque era Valen quien verdaderamente debería llevar esa corona.

En el fondo de mi corazón sabía que él uniría ese reino dividido. No podía creer ninguna otra cosa.

—Estás poniendo esa cara otra vez —susurró Siv mientras colocaba una flecha en el arco—. Esta noche nos vamos a centrar en Mattis y el patriarca, y en salir todos vivos de aquí. Ya nos ocuparemos del príncipe Valen después.

—No estaba pensando en el Espectro Sanguinario.

Ella puso los ojos en blanco.

—No deberías llamarlo así. Él ocupará el trono en su momento. Lo lleva en la sangre.

—Eso díselo a Ari.

Semanas antes nos acorraló en el bosque el jefe de los clanes de los agitadores. Ari, el poderoso ilusionista fae, había reclamado el trono afirmando que fue él quien le devolvió la vida a la tierra. La gente lo aceptó como el nuevo rey, creyendo que el linaje Ferus realmente se había extinguido por completo.

—Ari lo aceptará —afirmó Siv un momento después—. En el fondo solo quiere lo mejor para Etta.

Yo no estaba tan segura. A Ari parecía gustarle mucho su nuevo papel. Y lo había dejado muy claro enviándonos a ese maldito bosque húmedo sin concedernos derecho a réplica.

—¿Qué problema hay en que el príncipe de la noche busque un poco de venganza mientras llega ese momento? —insistió Siv.

Mi única respuesta fue un profundo suspiro. Valen pretendía destruir el trono de Timoran para vengar a sus padres, su hermano y su hermana. Quería represalias y venganza. Ansiaba más sangre. Yo lo entendía y en

realidad también quería que Runa y Calder pagaran por las vidas que habían segado, ¿pero cuál iba a ser el coste?

Cuando saciara su sed de sangre, ¿qué tipo de hombre sería? ¿El fuerte, amable y bueno que yo conocía, o más bien una nueva versión de Calder, pero con furia?

«No he olvidado a la persona por la que late mi corazón». Me había dicho esas palabras momentos antes de apartarme de su vida. Pero algo de él se había quedado conmigo: la furia de su sangre y el olor de su piel eran como una sombra que no podía tocar.

Mi corazón y mi temperamento no podían soportarlo más.

Siv me tiró una bolsa.

—Vamos.

Las dos nos situamos en lo más alto de la loma. Saqué de la bolsa una ballesta pequeña y la cargué con una flecha corta. Yo no tenía la habilidad suficiente para utilizar arcos y flechas, como Siv, pero había estado practicando. Cuando Valen tomó la decisión de abandonarnos, yo decidí luchar para volver con él.

En la plataforma un hombre santo del templo de los dioses real leía las sagas que hablaban del gran salón que esperaba en el Otro Mundo mientras arrastraban a Mattis al centro cubierto de sangre. Me sentí orgullosa porque mi amigo no hizo ni una mueca; fue directo a encontrarse con su destino con la valentía de un guerrero.

Siv murmuró una oración entre dientes, esa que la gente decía que protegía a tus seres queridos. Ella no lo admitiría, pero yo tenía mis sospechas de que el carpintero se había hecho un hueco en su bien protegido corazón.

—Tendremos que movernos rápido —advirtió Siv.

Asentí y levanté la ballesta. El verdugo le arrancó los jirones de la camisa y le dejó a Mattis la espalda al descubierto. Yo exhalé con los dientes apretados y disparé.

Siv soltó su primera flecha justo después.

Los gritos se elevaron desde el patio de la cárcel como llamas descontroladas. El verdugo fue corriendo a buscar uno de los cuchillos que tenía en la mesa.

¡Por todos los infiernos! Iba a matar a Mattis allí mismo.

Tal vez esa era su intención, pero mi amigo no era un hombre pequeño y su trabajo con pesados troncos y herramientas de hierro le había proporcionado suficiente fuerza (incluso tan debilitado como estaba) para defendérse, así que le dio un buen puñetazo en la nariz al verdugo.

Los guardias corrieron hacia la plataforma. Siv disparó otra flecha, que le destrozó la garganta a uno de los Cuervos. Yo también la imité y la mía alcanzó un hombro.

La mitad de los guardias salieron corriendo para controlar a los presos que intentaban escapar de sus ataduras. El resto centró su atención en la loma. Siv retrocedió unos cuantos pasos sin dejar de disparar flechas. Yo también me retiré, pero tenía un nudo en el estómago. Se suponía que no estaríamos solas.

¿Pero dónde estaban los demás?

Entonces se me ocurrió que nos habían enviado allí para que nos enfrentáramos a los Cuervos por nuestra cuenta, y fue como si acabaran de darme un puñetazo en el vientre.

Era una misión suicida.

Ari nos había dado una orden: nuestra tarea era interrumpir la ejecución de uno de los patriarcas de los agitadores y nosotras pedimos, como era de esperar, liberar también a Mattis en la misma operación. «Maldito rey autoproclamado».

Había juzgado mal a ese fae astuto y retorcido. Seguramente Ari esperaba que encontráramos allí la muerte. Nunca tuvo intención de aceptarnos. Y, a pesar de nuestros esfuerzos, era probable que Mattis también acabara muerto.

—¡Siv! —grité cuando uno de los guardias llegó a la cima de la loma.

Tenía la cara pintada de azul y negro, la cabeza rapada y en los lados se le veían unas runas tatuadas muy complicadas que le salían de las sienes. Con una sonrisa malvada desenvainó una espada delgada que llevaba al cinto.

Yo intenté torpemente coger otra flecha. Siv tuvo que soltar el arco cuando el guardia le dio un manotazo para arrebátárselo. Me temblaban los dedos. Aunque me faltaban las últimas falanges de dos dedos, había

aprendido a sujetar las cosas a mi manera, pero en ese momento tenía la palma resbaladiza por el sudor.

De repente las puertas que daban al patio de la cárcel se abrieron con un golpe seco. El guardia que estaba atacando a Siv miró hacia allí justo cuando una marea de agitadores entraba corriendo en la prisión.

«¡Maldita sea, ya era hora, Ari!».

Siv me agarró la muñeca.

—¡Elise! Rápido. Mattis y el patriarca siguen atrapados ahí dentro.

Los agitadores luchaban contra los guardias que protegían las puertas. Algunos de los presos consiguieron hacerse con cuchillos, palos y ramas. Otros estaban muy quietos, demasiado sorprendidos para luchar. Unos cuantos huyeron. Pero los que se enfrentaron a los guardias, entre ellos Mattis, lo hicieron con una terrible rabia. Las semanas, meses u órbitas de sufrimiento que habían tenido que soportar se convirtieron en estocadas, golpes y tajos.

Siv corrió hacia Mattis. Yo me volví hacia un hombre con una barba blanca y una marca de nacimiento gris bajo los ojos.

—¡Patriarca Klok! —grité—. ¡Por aquí!

El hombre no era tan viejo. Solo tenía unas pocas arrugas finas en la piel, pero su cuerpo parecía conservar aún la fuerza y tenía una mirada despierta. Me examinó durante unos segundos, se fijó en la ballesta y las flechas y después miró adonde le señalaba: la puerta abierta por donde habían irrumpido los agitadores.

—¿Formas parte del clan?

—Más o menos.

El anciano sonrió, lo que reveló un diente roto en la parte de delante.

—Eso me vale.

Dejó caer el palo de madera que tenía en la mano y salió corriendo hacia la puerta. Unos cuantos agitadores gritaron su nombre con júbilo en medio de la desesperación.

No esperé a que alcanzara la libertad para volver con Siv y Mattis. Ella llegó junto al carpintero cuando él le estaba golpeando la cabeza a un guardia con una tabla de madera. Cuando gritar su nombre no fue suficiente para llamar la atención de Mattis, Siv le agarró por los hombros.

Él se tambaleó, se apartó y miró con los ojos desorbitados. Pasaron unos instantes antes de que apareciera una sonrisa en medio de la barba desaliñada.

—Siverie. —Su voz sonaba áspera y seca—. Veo que echabas de menos mis bromas.

—¡Eres un idiota! —le gritó con una cierta angustia en la voz—. ¡Sal de aquí ahora mismo! Corre.

Mattis se rio un poco y cogió la mano que le tendía. Su mirada se encontró con la mía y su sonrisa se volvió un poco más dulce.

—*Kvinna*...

—Esta noche aquí no hay *Kvinnas* que valgan —exclamé mientras echaba a correr también hacia las puertas.

No miré atrás. No quería ser testigo de la carnicería que iban a hacer con los guardias. Sin duda había algunos presos que merecían estar allí dentro, pero nosotros los íbamos a liberar de todas formas.

—Tú... has venido a por mí —dijo Mattis cuando paramos, entre jadeos y con las manos apoyadas en las rodillas—. Siempre he sabido... que te importaba, Siverie.

—Cállate —respondió ella con voz temblorosa—, o te devuelvo y me quedo tan ancha.

Mattis estuvo a punto de sonreír, pero no llegó a hacerlo. Seguí la dirección de su mirada hasta la linde del bosque. De entre las sombras había salido una hilera de hombres vestidos de oscuro. Delante iba un hombre guapo, con el pelo rubio como el trigo y largo hasta los hombros. Tenía la piel bronceada perfecta y se le veía un principio de barba oscura. La oscuridad de sus ojos era única y estaba rodeada por un halo dorado. Cuando sonrió, sus dientes blanquísimos reflejaron la luz de la luna, como también lo hicieron los pendientes de oro que llevaba en las orejas puntiagudas.

—Habéis sobrevivido... —dijo. Su voz era suave y fresca como la seda. Pero bajo esa suavidad había un peligroso filo que podía cortar en cualquier momento—. Tengo que confesar que... estoy impresionado.

—¡Ari! —Lo miré con los ojos entornados y me acerqué—. ¡Nos has dejado a su merced para que nos despedazaran!